



ALEJANDRO KORN

por

Emilio Pettoruti

En el centenario del nacimiento de Alejandro Korn*

Francisco Romero

ENTRE las conmemoraciones de la egregia figura de don Alejandro Korn que tendrán lugar este año, reviste ésta una significación muy especial, para cuantos lo admiran y veneran, y muy particularmente para quienes se enriquecieron espiritualmente con su presencia cercana. En ninguna otra parte lo podemos sentir tan próximo. Nos resulta imposible pensar en él entre estas paredes, sin evocarlo tal como fue en vida, con su relieve corporal, con sus actitudes y gestos, con el acento de su palabra, con aquella generosa irradiación que se desprendía de él en cuanto

decía y hacía. El humanista, el filósofo, el escritor, el maestro, tendrán que ser inevitablemente temas de cualquier recordación de él, pero, en personalidad de tal plenitud y de tan varios aspectos, es lícito elegir en cada ocasión, para insistir en uno u otro de sus costados, en esta o aquella manera de su acción, de su legado y de su ejemplo. En esta casa, saturada de su ser más íntimo y empapada, por así decirlo, de su existencia cotidiana, es sobre todo la imagen rediviva de don Alejandro lo que corresponde honrar, más que con las palabras con el silencio, recordando

* El 3 de mayo de 1960 se cumplió el centenario del nacimiento del Dr. Alejandro Korn. Estas palabras fueron pronunciadas frente a la casa que fuera del filósofo, calle 60, N° 682, de la Ciudad de La Plata, en momentos de descubrirse una placa recordativa.

en actitud que no acierto a llamar sino religiosa, lo mucho que perdimos cuando se nos fue y lo mucho que no ha dejado.

Don Alejandro fue, para todos cuantos tuvieron la dicha de vivir cerca de él, y de ser aptos para comprenderlo y estimarlo, una experiencia decisiva. Su legado doctrinal, su obra escrita posee los méritos que muchos no se cansan de estudiar y de elogiar. Su aportación filosófica es la más importante del país, y asume una relevancia que va más allá del conjunto de sus tesis, porque funda literalmente la filosofía argentina, en términos que serán justificados debidamente en otros actos de la conmemoración de este año. Y ya sabemos que no fue únicamente un filósofo, sino un artífice de nuestra cultura en muchas otras de sus dimensiones. Queda aparte todo ello en esta ocasión, centremos nuestra atención en su magnífica figura de varón magistral y de incomparable amigo, dos cosas entrañablemente unidas en él, porque el maestro y el amigo no eran sino las dos caras de su alma recta, afectuosa y sabia, proyectada generosamente hacia los demás en el don continuo del amor y del saber, dentro de las pautas de los más elevados intereses de la cultura y de la vida.

Para la experiencia vulgar, por un lado va la vida, con sus requerimientos cotidianos, con sus exigencias próximas, y por otro los valores supremos, que se nos manifiestan como ideales impersonales y pocas veces realizados en nuestro contorno, como algo abstracto y teórico en suma, o como personificados en varones de excepción, distantes en el espacio o en el tiempo y sólo accesibles por las refe-

rencias y testimonios. Los que tuvimos el privilegio de tratar a don Alejandro pudimos disfrutar de una experiencia extremadamente rara: la de la fusión de la vida y el ideal, la de la palpitante encarnación de los valores más altos en una existencia humana, con lo cual la vida se depuraba en valor y el valor adquiría un estremecido calor vital. El armonioso encuentro de lo ideal y de lo vital se cumplía en el varón que recordamos ahora, en términos perfectos, sin deficiencia en una parte ni en la otra, sin esfuerzo ni ostentación, como expresión inmediata de una naturaleza de esas que honran la especie humana. Y esta experiencia que nos fue concedida mediante la relación con don Alejandro, no terminaba con el reconocimiento de la excelencia de quien nos la proporcionaba, sino que, calladamente, se extendía más allá de él y venía a ser como una garantía para aceptar la fidelidad de los testimonios que nos hablan de otras excelencias semejantes, que suele poner en duda quien no ha tenido la ventura de toparse en cuerpo y alma con un hombre de esa extraordinaria magnitud. Mucha dudosa grandeza lejana o pretérita ha sido refrendada o asegurada para nosotros por la grandeza patente y cercana de don Alejandro, que nos ha convencido con su ser y su hacer de los excelsos niveles que puede alcanzar y alcanza a veces la condición humana. Con hombres de esta envergadura, en los que, como dije antes, lo real y lo ideal se alían y compenetran, la humanidad celebra su encuentro consigo misma, por lo mejor de sí y se despierta una confianza ilimitada en el hombre y en su destino. Porque los hombres de tal calibre es-

EVOCACION

piritual dan testimonio del hombre esencial, de ese hombre que trabajosamente se va realizando a lo largo del tiempo, cuyo proceso es la gran tarea histórica y cuya culminación es probablemente el sentido de la historia y aun de toda la realidad.

Muchos de los que estamos aquí no hemos de olvidar nunca otras horas pasadas entre estas paredes en torno al maestro. Se hablaba libremente de todo. Don Alejandro nunca pontificaba, porque siempre fue la naturalidad misma; cada uno expresaba libremente sus ideas y sostenía sus pareceres con total independencia. Pero él, por su intrínseco prestigio, era el eje y el foco. Una de sus peculiaridades era la de levantar toda cuestión apenas decía su opinión sobre ella; elevaba el nivel de la conversación, llevaba los temas a una altura superior, descubría detrás y alrededor de ellos inesperadas perspectivas y los iluminaba con nueva luz, con la luz de su sabiduría. El merecer saber es atributo de muchos; la sabiduría sólo muy pocos la alcanzan. Para que exista sabiduría tiene que haber un alma grande que cobije muchos saberes de libros y de vida, de observación y de meditación, y los anime con la profundidad y la extensión de la inteligencia y el ardor de una intención ética activa, de una bondad militante. Todas estas virtudes, separadamente, no son frecuentes, pero tampoco demasiado raras. Lo que es raro y aun rarísimo es su confluencia equilibrada y armoniosa, como sucedía en Don Alejandro. Entre estas paredes, casi sin darnos cuenta de ello entonces por la sencillez con que todo fluía de él, recibimos la lección del humanista y del filósofo, y nos reconfortó el apo-

yo del amigo, y volvíamos a la calle con la mente más clara y el ánimo más sereno, porque es prerrogativa de la sabiduría tranquilizar los espíritus, al situar las contingencias de cada día, con su justo tamaño, en el vasto panorama que sólo perciben y son capaces de descubrir a los demás los que residen en las cumbres. En soberana cumbre residía el maestro que evocamos, y hacia ella conducía a los otros, haciéndoles respirar, aunque fuera por momentos, el aire fuerte y limpio de la montaña.

Que su existencia transcurriera durante muchos años en esta casa platense, tiene sin duda un hondo sentido. La fidelidad de don Alejandro a La Plata fue una de las maneras de su fidelidad a su destino. No me lo imagino en una casa de Buenos Aires, entre el ruido y el anonimato de la gran urbe. Necesitaba el espacio de la casa provinciana, la paz para la meditación y la lectura, el ambiente para acoger a discípulos y amigos y discurrir largamente con ellos. Aquí, la ciudad de circuito no muy grande y de ritmo no muy rápido, donde las distancias no agotan y el encuentro es fácil, venía a ser también como una casa más grande, como la ampliación de su propia casa. Por las calles se podía continuar la meditación o la conversación iniciada en la biblioteca del hogar; de la calle se podía volver a la biblioteca para seguir con la meditación o la conversación. Casa y ciudad se complementaban maravillosamente y ofrecían al maestro el mejor marco para su vida y su acción, y sobre todo para esa acción a la que debemos atrevernos a nombrar con el nombre que le corresponde: acción de pastor de almas. Lo

fue, y no sé de otro que lo haya sido entre nosotros, de sus contemporáneos. Lo fue, porque influyó en las vidas ajenas, sin permitirse nunca la más leve imposición, sin introducirse en las conciencias de los demás. Su bondad generosa le hacía interesarse por los demás, pero su delicadeza espiritual le vedaba meterse en las vidas ajenas y su sabiduría le inspiraba una ecuánime tolerancia que nunca era transigencia cuando estaban afectados los grandes principios. Este aspecto suyo, o esta misión suya de pastor de almas, aquí pudo cumplirse, en esta casa y en esta ciudad que para algunos de nosotros es ante todo como la extensión de esta casa, y no hubiera podido cumplirse con igual perfección en otra parte. Al mantenerse en ellas, como dije, fue fiel a su destino. "Nuestro carácter es nuestro destino", dice un apotegma que nos viene de la antigüedad. Algunos han querido modificarlo en sentido más realista, diciendo que nuestro destino es una combinación del carácter con el azar. Y esto es cierto en parte, porque para los seres comunes el azar desempeña papel importante. Pero para las almas de gran temple, el carácter vence al azar, se sobrepone a él. Cualesquiera que sean las circunstancias externas que motivaron la radicación de don Alejandro en La Plata y su permanencia en esta casa, en adelante ilustre, en el fondo, y no sé si lúcida o inconscientemente, lo fundamental es que aquí estaban las condiciones más propicias para que su destino se cumpliera.

Para muchos son venerables estas paredes, y no podrían decir lo que deben al fuego espiritual que ardió entre

ellas. Otros muchos, que no las conocen ni se arrimaron a aquel fuego, se alimentan, sin saberlo, de su rescoldo. Aquí la filosofía de nuestro país alcanzó la edad adulta. Aquí se inició la convivencia filosófica, que creció desde entonces, aunque entorpecida pasajeramente por azares desdichados de nuestra historia reciente. Y por la conjunción del pensamiento que aquí se incubó y la solidaridad humana, intelectual y moral, que se estableció entre estos muros, no sólo tuvo efectividad y vigencia auténtica la filosofía en la Argentina, sino que comenzó a integrarse en nuestra cultura, llegó a ser por primera vez uno de sus elementos y se convirtió en una de las expresiones del alma nacional.

Permítanseme unos recuerdos personales, como ejemplo de lo que voy diciendo y también como manifestación de mi agradecimiento. Una importante inflexión de mi vida se decidió entre estas paredes. En una conversación para mi memorable, que duró muchas horas, don Alejandro me incitó a que entrara en la Universidad y profesara en ella la filosofía; yo practicaba desde hacía tiempo estos estudios, pero nunca había pensado en ser profesor. Me negué ese día a seguir una indicación que alteraba mi plan de vida, pero la simiente quedó en el surco y don Alejandro se preocupó de que fructificara. Con incitaciones reiteradas, aunque con el mayor respeto hacia mi propio parecer, llegó a convencerme y tomó a su cargo facilitarme el acceso a la cátedra, primero a su lado y muy poco después como sucesor suyo. De aquella conversación proviene que yo haya

EVOCACION

sido profesor, y si algo he realizado en la fusción, a don Alejandro se debe, y sobre todo le debo el honor de que creyese que yo debía ser su reemplazante y desempeñar una cátedra enaltecida por haberla ocupado él.

Quiero hablar sólo del hombre, pero este hombre a quien rendimos homenaje es inseparable de su obra, y su pensamiento le brotó todo él de la más íntima entraña intelectual y moral. Este gran argentino, este gran americano, nos deja una filosofía de alcance universal pero de raíz argentina y americana. Elaboró en términos de teoría un pensamiento fundado en el sentir del hombre americano. La consigna de libertad que solemnemente suena en los himnos nacionales de los países de América, como aspiración y afirmación supremas, se desenvuelve coherentemente en conceptos y razones en la doctrina del maestro. Nos habla en ella de la rebelión del hombre contra la coacción natural, de su constitutiva rebeldía que, frente a la naturaleza, lo convierte en el forjador de sí mismo y del orbe de la cultura, gobernada por los valores que él mismo define y que tienen una fuente única y un único fundamento: la autonomía

de la persona. Pero la libertad no es para don Alejandro el arbitrio caprichoso ni el perezoso regodeo en el mero sentirse libre. Es voluntad de creación, de acción, para perfeccionar y depurar esa misma libertad; es tarea y deber, esfuerzo y responsabilidad. Acción y libertad son para él inseparables, como lo expone su fórmula feliz e irremplazable: libertad creadora.

Quiero terminar recordando cómo entre estas paredes llegó al fin de la jornada y nos dio la postrera lección. Sólo quienes lo conocieron de cerca y sabían que en él todo era sencillez y veracidad, pueden apreciar debidamente el gesto con que afrontó la muerte. Para él la verdadera vida, la vida plenamente humana, era la ennoblecida por los valores del espíritu. Por esa vida brindó en el último instante, por la vida de todos, por la vida que se agranda y se purifica, que crece por el esfuerzo de todos, pero que debe el ser un ascenso en dicha y en dignidad a la lección y al ejemplo de los predestinados a ser los orientadores y los guías, como lo fue el maestro a quien rendimos en este acto el tributo de nuestro amor y nuestra veneración.